

ra á Ezequiel. Pues si nos ponemos á pensar nuestras culpas presentes, hallarémonos muy llenos de ellas, porque eso es lo que tenemos de nuestra cosecha. ¡Cuán fáciles somos en la lengua, cuán descuidados en la guarda del corazón, cuán inconstantes en los buenos propósitos, cuán amigos de nuestro propio interés y regalo, cuán deseosos de cumplir nuestros apetitos, cuán llenos estamos de amor propio, de propia voluntad y juicio, cuán vivas tenemos todavía nuestras pasiones, cuán enteras nuestras malas inclinaciones, y cuán fácilmente nos dejamos llevar de ellas! Dice muy bien san Gregorio, l. 11 Mor. c. 24, sobre aquellas palabras de Job, XIII, v. 25: *Contra folium, quod vento rapitur, ostendis potentiam tuam*: Que con mucha razón se compara el hombre á la hoja del árbol; porque así como esta se trueca y vuelve con cada viento; así el hombre se vuelve y muda con el viento de las tentaciones: unas veces le turba la ira, otras la vanagloria; otras le lleva tras sí el apetito de la avaricia y de la ambición, otras el de la lujuria; unas veces le levanta la soberbia, otras le acobarda y abate el temor desordenado. Y así dijo también Isaias, LXIV, v. 6: *Cecidimus quasi folium universi, et iniquitates nostrae quasi ventus abstulerunt nos*: Como las hojas de los árboles son combatidas y caen con los vientos, así nosotros somos combatidos y derribados con las tentaciones: no te-

nemos estabilidad ni firmeza en la virtud ni en los buenos propósitos. Bien tenemos de que confundirnos y humillarnos. Y no solamente mirando á nuestros males y pecados, sino mirando á las obras que á nosotros nos parecen muy buenas, si bien las consideramos y examinamos, hallaremos harta ocasión y materia para humillarnos, por las faltas é imperfecciones que comunemente mezclamos en ellas, conforme á aquello del mismo Profeta: *Facti sumus ut immundus omnes nos, et quasi pannus menstruatae universae justitiae nostrae*. Isai. LXIV, v. 6. De lo cual dijimos, l p. trat. 3, c. 6, en otra parte, y así no será menester alargar mas aquí.

#### CAPÍTULO VIII.

*Como nos habemos de ejercitar en el propio conocimiento para no desmayar ni desconfiar.*

Es tan grande nuestra miseria, y tenemos tanto de que humillarnos, y lo experimentamos nosotros tanto, que mas parece que tenemos necesidad de ser animados y esforzados, para que no desmayemos y desconfiemos viendo en nosotros tantas faltas é imperfecciones, que exhortados al conocimiento de esto. Y en tanto grado es esto verdad, que los Santos y maestros de la vida espiritual nos enseñan, que de tal manera habemos de cavar y ahondar en el conoci-

miento propio de nuestras miserias y flaquezas, que no paremos ahí; porque no venga el ánimo en desconfianza y desesperacion, viendo en sí tanta miseria y tanta inconstancia en los buenos propósitos, sino que pasemos adelante al conocimiento de la bondad de Dios, y pongamos en él toda nuestra confianza. Así como dice san Pablo que la tristeza por haber pecado no ha de ser tanta que cause descaecimiento y desesperacion: *Ne forte abundantiori tristitia absorbeatur, qui ejusmodi est*, I ad Cor. II, v. 7; sino ha de ser una tristeza templada y mezclada con la esperanza del perdón, poniendo los ojos en la misericordia de Dios, y no parando en solo la consideracion del pecado, y de su fealdad y gravedad: así dicen que no habemos de parar en el conocimiento de nuestras miserias y flaquezas, porque no desmayemos y desconfiemos, sino que habemos de cavar y ahondar en nuestro propio conocimiento, para con eso desconfiar de nosotros, viendo que de parte nuestra no tenemos arrimo ni en qué estribar, y poner luego los ojos en Dios, y confiar en él, y de esa manera no solo no quedarémos desmayados, sino antes mas animados y esforzados; porque lo que sirve para desmayar mirando á vos, sirve para esforzar mirando á Dios: y mientras mas conociéreis vuestra flaqueza, y mas desconfiáreis de vos, mirando á Dios, estribando y poniendo en él to-

da vuestra confianza, quedaréis mas fuerte y mas esforzado para todo.

Empero advierten aquí los Santos una cosa de mucha importancia: que así como no habemos de parar en el conocimiento de nuestras miserias y flaquezas, porque no vengamos en desconfianza y desesperacion, sino pasar adelante al conocimiento de la bondad, misericordia y liberalidad de Dios, y poner en él toda nuestra confianza; así tampoco habemos de parar ahí, sino tornar luego á poner los ojos en nosotros mismos, y en nuestra flaqueza y miseria; porque si paramos en el conocimiento de la bondad, misericordia y liberalidad de Dios, y nos olvidamos de lo que somos nosotros, hay en eso un peligro muy grande de caer en presuncion y soberbia; porque vendríamos á asegurarnos demasiado de nosotros mismos, y andar muy confiados, y no tan recatados y temerosos como es menester, que es un gran despeñadero, y raíz y principio de grandes y temerosas caídas. ¡Oh cuántos muy espirituales y que parecia que se levantaban hasta el cielo en el ejercicio de la oracion y contemplacion se han despeñado por aquí! ¡Oh cuántos que verdaderamente eran santos y grandes santos han venido por aquí á dar miserables caídas, porque se olvidaron de sí, porque se aseguraron demasiado con los favores que recibían de Dios! Andaban muy confiados, y como si



ya para ellos no hubiera peligro, y así vinieron á caer miserablemente. Llenos tenemos los libros de semejantes caídas. San Basilio dice, que la causa de aquella miserable caída del rey David en adulterio y homicidio fue una presunción que tuvo una vez que fue visitado de la mano de Dios con abundancia de mucha consolación, y se atrevió á decir: *Ego dixi in abundantia mea, non movebor in eternum.* Psalm. xxix, v. 7. No seré ya mudado de este estado para siempre. Pues esperaos un poco, alzará Dios algún tanto la mano, cesarán esos favores y regalos extraordinarios, y veréis lo que pasa. *Avertisti faciem tuam à me, et factus sum conturbatus:* Dejaráos Dios en vuestra pobreza, y haréis de las vuestras, y conoceréis por vuestro mal, después de caído, lo que no quisisteis conocer cuando érais favorecido y visitado de Dios. Y la causa de la caída y negación del apóstol san Pedro, dice también san Basilio (1) que fue el haber presumido y confiado vanamente de sí: *Etiam si oportuerit me mori tecum, non te negabo: et si omnes scandalizati fuerint in te, ego nunquam scandalizabor.* Matth. xxvi, v. 35. Porque dijo con arrogancia y presunción que aunque todos se escandalizasen él no se escandalizaría, sino que antes moriría; por eso permitió Dios que cayese, para que se humillase y se conociese. Nunca

(1) Basil. homil. 22 de humilitate et regulis brevioribus, respons. 18.

habemos de apartar los ojos de nosotros mismos, ni tenernos por seguros en esta vida, sino mirando lo que somos, andar siempre con grande temor de nosotros mismos, y con grande recato y cuidado, no nos haga alguna traición este enemigo que traemos con nosotros, y nos arme alguna zancadilla con que nos haga caer.

De manera que así como no habemos de parar en el conocimiento de nuestras miserias y flaquezas, sino pasar luego al conocimiento de la bondad de Dios; así tampoco habemos de parar en el conocimiento de Dios, y de sus misericordias y favores, sin tornar luego á bajar los ojos á nosotros mismos. Esta es la escala de Jacob, que por una parte está fija en la tierra de nuestro propio conocimiento, y por otra llega á la cumbre del cielo. Por ahí habeis de subir y bajar, como subían y bajaban los Ángeles por aquella. Subid al conocimiento de la bondad de Dios, y no pareis ahí, porque no vengais en presunción; sino tornad á bajar al conocimiento de vos mismo, y no pareis ahí, porque no desmayeis y desconfieis, sino tornad á subir al conocimiento de Dios para tener confianza en él: todo ha de ser subir y bajar por esta escala.

De esta manera usaba este ejercicio santa Catalina de Sena para librarse de diversas tentaciones que el demonio le traía, como ella misma lo cuenta en los Diálogos,

c. 67, cuando el demonio la tentaba por confusión, queriéndola hacer entender que toda su vida había sido engaño; entonces ella se alzaba y levantaba en la misericordia de Dios con humildad, diciendo: Yo confieso á mi Criador que mi vida toda ha sido tinieblas; mas yo me esconderé en las llagas de Jesucristo crucificado, y me bañaré en su sangre, y así habrá consumido mis maldades, y me gozaré en mi Criador y Señor: *Lavabis me, et super nivem dealbabor.* Psalm. l. Y cuando el demonio la quería levantar por soberbia con la contraria tentación, diciendo: Tú eres perfecta y agradable á Dios, y no es menester que mas te aflijas, ni que llores mas tus defectos; entonces ella se humillaba, y respondía al demonio, diciendo: ¡Miserable de mí! San Juan Bautista no hizo jamás pecado, y fue santificado en el vientre de su madre, y no por eso dejó de hacer tanta penitencia, y yo he cometido tantos defectos, y nunca los he llorado ni conocido como debiera. Con esto el demonio no pudiendo sufrir tanta humildad por una parte, ni tanta confianza en Dios por otra, la dijo: Maldita seas tú y quien te lo enseñó, que no sé por dónde te entre; que si yo te abato por confusión, tú te levantas en alto á la misericordia de Dios, y si yo te levanto, te bajas hasta el infierno por humildad, y dentro del mismo infierno me persigues; y así la dejaba, porque volvía con grande pérdida.

Pues de esta manera habemos nosotros de usar este ejercicio, y andaremos por una parte temerosos y recatados, y por otra esforzados y regocijados: temerosos de nosotros mismos, y esforzados y alegres en Dios. Estas son las dos liciones que aquel santo Tomás de Kempis dice da Dios cada día á sus escogidos: una de ver sus defectos, y otra de ver la bondad de Dios, que con tanto amor se los quita.

#### CAPÍTULO IX.

*De los bienes y provechos grandes que hay en el ejercicio del propio conocimiento.*

Para que nos animemos mas á este ejercicio de nuestro propio conocimiento, irémos diciendo algunos de los grandes bienes y provechos que hay en él. Ya queda dicho uno muy principal, que es ser fundamento y raíz de la humildad, y medio único y necesario para alcanzarla y conservarla. Preguntado uno de aquellos Padres antiguos cómo podría uno alcanzar la verdadera humildad, respondió: *Si sua tantummodo, et non alterius mala consideret:* El que apartare los ojos de las faltas ajenas, y los pusiese en las suyas propias, cavando y ahondando en su propio conocimiento, ese alcanzará la verdadera humildad. Esto solo bastaba para que procurásemos darnos mucho á este ejercicio, pues tanto nos va en alcanzar la virtud de la humildad.



Pero pasan adelante los Santos, y dicen que el humilde conocimiento de sí mismo es mas cierto camino para conocer á Dios que el profundo ejercicio de todas las ciencias. Y esa es la razon que da san Bernardo, c. 12, porque esta es mas alta ciencia que las demás, y de mayor provecho; porque por aquí viene el hombre en conocimiento de Dios. Y eso dice san Buenaventura, processu 5 Relig., c. 18, que nos da á entender aquel misterio del sagrado Evangelio que Cristo nuestro Redentor obró en aquel ciego desde su nacimiento, que poniéndole lodo en los ojos le dió vista corporal con que se viese á sí, y vista espiritual con que conociese á Dios y le adorase: *Sic Dominus nos cecos natos per nostri et Dei ignorantiam illuminat, lutum, unde nati sumus, liniendo super oculos nostros, ut primum incipiamus nos ipsos agnoscere, deinde ipsum illuminatorem nostrum credendo proni adorare*: Así, dice, á nosotros que nacimos ciegos, con ignorancia de Dios y de nosotros mismos, nos da Dios vista poniendo sobre nuestros ojos el lodo de que fuimos formados, para que considerando que somos un poco de lodo, recibamos vista con que nos veamos y conozcamos primero á nosotros, y de ahí vengamos á conocer á Dios. Esto mismo pretende la Iglesia nuestra madre con aquella santa ceremonia que usa al principio de la Cuaresma, de ponernos lodo encima de los ojos: *Memento homo,*

*quia pulvis es, et in pulverem reverteris*: Acuérdate, hombre, que eres lodo y polvo, y que en eso te has de volver; para que conociéndose á sí, venga á conocer á Dios, y á pesarle de haberle ofendido, y hacer penitencia de sus pecados. De manera que el verse y conocerse á sí mismo, el considerar el hombre su lodo y su bajeza, es medio para venir en conocimiento de Dios; y mientras mas conociere uno su bajeza, mas conocerá y echará de ver la grandeza y alteza de Dios; porque, *opposita juxta se posita, magis elucescunt*: Un contrario puesto junto de su contrario, y un extremo puesto delante de otro extremo, échase mas de ver: lo blanco puesto sobre lo negro resplandece y campea mucho mas. Pues el hombre es la suma bajeza, y Dios la suma alteza; son dos extremos contrarios: de ahí es que mientras mas uno se conoce á sí mismo, viendo que de sí no tiene bien ninguno, sino nada y pecados, mas echa de ver la bondad, y misericordia y liberalidad de Dios, que se inclina á amar y tratar con tan grande bajeza como la nuestra.

De aquí se viene el ánima á encender é inflammar mucho en amor de Dios, porque nunca se acaba de maravillar y dar gracias á Dios, viendo que siendo el hombre tan miserable y malo, le sufre Dios y le hace tantas mercedes, que muchas veces no nos podemos nosotros sufrir á nosotros mismos, y que sea tanta la bondad y miseri-

cordia de Dios para con nosotros, que no solo nos sufra, pero que diga él: *Delicia mea esse cum filiis hominum*. Prov. VIII, v. 31. Mis deleites son estar con los hijos de los hombres. ¿Qué hallásteis, Señor, en los hijos de los hombres, para que digais que vuestros deleites son estar y conversar con ellos? Por esto usaban tanto los Santos este ejercicio del propio conocimiento, para venir en mayor conocimiento de Dios y en mayor amor de su divina majestad. Este era el ejercicio y oracion que usaba san Agustin, lib. de vit. beata: *Deus semper idem: noverim me, noverim te*: Dios mio, que siempre estás en un ser y nunca te mudas, conózcame á mí, y conózcate á tí. Esa es la oracion en que el humilde san Francisco gastaba los dias y las noches. ¿Quién sois Vos, y quién soy yo? Por aquí vinieron los Santos á muy alto conocimiento de Dios: este es camino muy seguro y cierto para eso, y mientras mas bajáreis y ahondáreis en vuestro propio conocimiento, mas subiréis y creceréis en el conocimiento de Dios, y de su bondad y misericordia infinita: y tambien mientras mas subiéreis y creciéreis en el conocimiento de Dios, mas bajaréis y medraréis en el vuestro; porque la luz celestial descubre los rincones, y hace avergonzar al ánima de lo que aun á los ojos del mundo parece muy bueno. Dice san Buenaventura: así como cuando los rayos del sol

entran en un aposento se parecen luego los átomos: *Sic et cor radiis gratie illustratum etiam minima videt*; así el alma ilustrada con el conocimiento de Dios, con los rayos de aquel verdadero Sol de justicia, luego ve en sí aun las cosas mínimas; y así viene á tener por malo y defectuoso lo que el que no tiene tanta luz tiene por bueno. Esta es la causa por que los Santos son tan humildes, y se tienen en tan poco, y mientras mayores Santos son mas humildes y se tienen en menos, porque como tienen mas luz y mayor conocimiento de Dios, conócense mejor á sí, y ven que de su cosecha no tienen sino nada y pecados. Y por mucho que se conozcan, y por muchas faltas que vean en sí, siempre creen que hay otras muchas que ellos no ven, y creen que la menor parte de sus males es la que ellos conocen, y por tales se tienen; porque así como creen que Dios es mas bueno de lo que ellos conocen, así tambien creen que ellos son mas malos de lo que alcanzan. Así como por mucho que conozcamos y entendamos de Dios, no lo podemos comprender, sino siempre hay en él mas y mas que entender y conocer; así por mucho que nos conozcamos á nosotros, y por mucho que nos despreciemos y humillemos, no podrémos bajar ni llegar á lo profundo de nuestra miseria. Y esto no es encarecimiento, sino verdad llana; porque como el hombre no tiene de su cosecha



sino nada y pecados, ¿quién podrá humillarse y bajarse tanto cuanto merecen estos dos títulos?

De una Santa se lee que pidió á Dios luz para conocerse, y vió en sí tanta fealdad y miseria, que no lo pudo sufrir; y volvió á suplicar á Dios: Señor, no tanto, que desmayaré. Y el P. M. Ávila (1) dice, que conoció él á una persona que rogó muchas veces á Dios que le descubriese lo que él podía ser. Abrióle Dios los ojos tantico, y le hubiera de costar caro: vióse tan feo y abominable, que á grandes voces decia: Señor, por vuestra misericordia me quitad este espejo de delante de mis ojos, no quiero ver mas mi figura.

De aquí nacen tambien en los siervos de Dios aquel odio y aborrecimiento santo de sí mismos, de que dijimos arriba, trat. 1, c. 4; porque cuanto mas conocen la bondad inmensa de Dios, y mas le aman, tanto mas se aborrecen á sí mismos, como á contrarios y enemigos de Dios, conforme á aquello de Job, VII, v. 20: *Quare posuisti me contrarium tibi, et factus sum mihi metipsi gravis?* Ven que en sí mismos tienen la raíz de todos los males, que es la propia voluntad y sensualidad, de la cual proceden todos los pecados, y con este conocimiento se levantan contra sí mismos, y se aborrecen. ¿No os parece que es razon aborrecer á quien os hizo dejar y trocar un

(1) M. Ávila, trat. 5 del Espíritu Santo, pág. 140.

bien tan grande, como es Dios, por tomar un poco de gusto y contentamiento? ¿No os parece que es razon tener odio á quien os hizo perder la gloria eterna, y merecer el infierno para siempre jamás? Á quien os causó tanto mal, y aun todavía lo procura, ¿no os parece que es razon aborrecerle? Pues ese sois vos, contrario y enemigo de Dios, y contrario y enemigo de vuestro propio bien y de vuestra salvacion.

#### CAPÍTULO X.

*Que el propio conocimiento no causa desmayo, sino antes ánimo y fortaleza.*

Hay otro bien grande en este ejercicio del propio conocimiento, que no solo no causa desmayo ni cobardía, como le podria por ventura parecer á alguno, sino antes da grande ánimo y fortaleza para todo lo bueno. Y la razon de esto es, porque cuando uno se conoce á sí, ve que no tiene en qué estribar en sí, y desconfiado de sí pone toda su confianza en Dios, en el cual se halla fuerte y poderoso para todo. De aquí es que estos son los que pueden emprender y acometer cosas grandes, y los que salen con ellas; porque como lo atribuyen todo á Dios, y nada á sí, toma Dios la mano, y hace suyo el negocio, y encárgase de él, y entonces quiere él hacer maravillas y cosas grandes por

instrumentos y medios flacos: *Ut ostenderet divitias gloriæ suæ in vasa misericordiæ, quæ præparavit in gloriam.* Ad Rom. IX, v. 23. Para mostrar las riquezas y tesoros de sus misericordias quiere Dios por vasos é instrumentos flacos y miserables hacer cosas maravillosas. En los vasos de mayor flaqueza suele poner los tesoros de su fortaleza; porque de esa manera resplandece mas su gloria. Esto es lo que dijo el mismo Dios á san Pablo, cuando fatigado de sus tentaciones daba voces pidiendo le librase de ellas; respóndele Dios: *Sufficit tibi gratia mea; nam virtus in infirmitate perficitur.* II ad Cor. XII, v. 9. Bástate mi gracia por muchas tentaciones y flaquezas que sientas; porque entonces la virtud de Dios se muestra mas perfecta y mas fuerte, cuando es mayor la enfermedad y flaqueza. Así como el médico gana mas honra mientras la enfermedad es mayor y mas peligrosa; así mientras mas flaqueza hay en nosotros mas honra gana el brazo de Dios. Así declaran este lugar san Agustín, lib. 4 de Trin. c. 1, y san Ambrosio, II ad Cor. XI. Pues por eso, cuando uno se conoce y desconfia de sí, y pone toda su confianza en Dios, entonces acude y ayuda su Majestad. Y por el contrario, cuando uno va confiado de sí y de sus medios y diligencias, es desamparado. Esta dice san Basilio que es la causa por que muchas veces en algunas fiestas principales, cuando nosotros deseamos y pensamos tener mejor oracion y mas devocion, tenemos menos, porque íbamos confiados en nuestros medios, y en nuestras diligencias y preparaciones. Y otras veces, cuando menos pensamos, somos prevenidos con grandes bendiciones de dulzura, para que entendamos que esta es gracia y misericordia del Señor, y no diligencia ni merecimiento nuestro. De manera que el conocer uno su flaqueza y miseria no desmaya ni acobarda, antes anima y esfuerza mas; porque hace desconfiar de sí, y poner toda la confianza en Dios. Y eso es tambien lo que dice el apóstol san Pablo: *Cum infirmor, tunc potens sum.* II ad Cor. XII, v. 10. Esto es: *Cum humilior, tunc exaltor.* Así lo declara san Agustín, lib. 4 de Trin., y san Ambrosio, II ad Cor. XI. Cuando me humillo y abato, y conozco que no puedo ni valgo nada, entonces soy ensalzado y levantado; mientras mas conozco y veo mi enfermedad y flaqueza, poniendo los ojos en Dios, me hallo mas fuerte y mas esforzado para todo; porque él es toda mi confianza y fortaleza: *Et erit Dominus fiducia ejus.* Jerem. XVII, v. 7.

De aquí se entenderá que no es humildad, ni nacen de ella unos desmayos y descaecimientos que nos suelen venir unas veces acerca de nuestro aprovechamiento, pareciéndonos que nunca habemos de poder alcanzar la virtud, ni vencer la mala condicion é inclinacion



que tenemos : otras acerca de los oficios y ministerios en que nos pone ó puede poner la obediencia : Si tengo yo de ser para confesar, si tengo de ser para andar en misiones, ó para otras cosas semejantes. Parece esto humildad , pero muchas veces no lo es; antes nace de soberbia, porque pone uno los ojos en sí, como si por sus fuerzas, industrias y diligencias hubiera de poder aquello, habiéndolos de poner en Dios, en el cual habemos de quedar muy esforzados y animados. *Dominus illuminatio mea, et salus mea, quem timebo? Dominus protector vite meae, à quo trepidabo?* Psalm. xxvi, v. 4. *Si consistant adversum me castra, non timebit cor meum: si exurgat adversus me praelium, in hoc ego sperabo: et si ambulavero in medio umbræ mortis, non timebo mala, quoniam tu mecum es.* Psalm. xxii, v. 4. Si se levataren contra mí ejércitos, no temerá mi corazon : si se levataren contra mí batallas, en Dios esperaré : aunque ande en medio de la sombra de la muerte, y aunque llegue hasta las puertas del infierno, no temerá mi corazon; porque Vos, Señor, estais conmigo. ¡Con qué diversidad de palabras dice el santo Profeta una misma cosa! Y tenemos los Salmos llenos de esto, para significar la abundancia del afecto y confianza que él tenia, y nosotros habemos de tener en Dios. *In Deo meo transgrediar murum.* Psalm. xvii, v. 30. En mi Dios pasará el muro, por alto que sea; no se me pondrá nada

delante, él vencerá los gigantes con las langostas. En mi Dios hollaré los leones y dragones. Con la gracia y favor del Señor serémos fuertes : *Qui docet manus meas ad praelium, et posuisti, ut arcum areum, brachia mea.* Psalm. xvii, v. 35.

## CAPÍTULO XI.

*De otros bienes y provechos grandes que hay en el ejercicio del propio conocimiento.*

Uno de los principales medios que podemos poner de nuestra parte, para que el Señor nos haga mercedes, y nos comunique grandes dones y virtudes, es humillarnos, y conocer nuestra flaqueza y miseria. Y así decia el apóstol san Pablo : *Libenter igitur gloriabor in infirmitatibus meis, ut inhabitet in me virtus Christi.* II ad Cor. xii, v. 6. De muy buena gana me gloriaré en mis flaquezas, enfermedades y miserias, para que así more en la virtud de Cristo. Y san Ambrosio, sobre aquellas palabras : *Placeo mihi in infirmitatibus,* II ad Cor. xii, v. 10, dice : *Si gloriandum est christiano, in humilitate gloriandum est, de qua crescitur apud Deum:* Si se ha de gloriarse el cristiano, ha de ser en su bajeza y poquedad, porque ese es el camino para crecer y valer delante de Dios. San Agustin, lib. 4 de Trinit., c. 1, trae á este propósito aquello del Profeta : *Pluviam voluntariam segregabis Deus hereditati tue, et infirmata est: tu vero perfecisti eam.*

Psalm. lxxvii, v. 10. La lluvia voluntaria y graciosa de sus dones y gracias, ¿cuándo pensais que la dará Dios á su heredad, que es el alma? *Et infirmata est:* Cuando ella conociere su enfermedad y miseria, entonces la perfeccionará Dios, y caerá sobre ella la lluvia voluntaria y graciosa de sus dones. Así como acá los pobres mendigos, mientras mas descubren su pobreza y sus llagas á los hombres ricos y misericordiosos, mas les mueven á piedad, y mas limosna reciben de ellos; así mientras mas uno se humilla y se conoce, mientras mas descubre y confiesa su miseria, mas convida é inclina á la misericordia de Dios á que se compadezca y apiade de él, y le comunique con mayor abundancia los dones de su gracia : *Qui dat lasso virtutem, et his qui non sunt, fortitudinem, et robur multiplicat.* Isai. xli, v. 29.

Para decir en breve los bienes y provechos grandes de este ejercicio, digo que para todas las cosas es remedio universal el propio conocimiento. Y así en las preguntas que se hacen en las conferencias espirituales que solemos tener, ¿de dónde nace tal cosa, y qué remedio hay para ella? casi en todas podemos responder que aquello nace de falta de conocimiento propio, y que el remedio seria conocerse á sí mismo y humillarse; porque si preguntais de dónde nace el juzgar á mis hermanos, digo, que de falta de conocimiento propio; porque si anduviéseis dentro de vos,

tendriais tanto que mirar y llorar vuestros duelos, que no tendriais cuenta con los ajenos. Si preguntais de dónde nace hablar á mis hermanos palabras ásperas y mortificativas, tambien nace de falta de conocimiento propio; porque si vos os conociéseis y os tuviéseis por el menor de todos, y á cada uno le miráseis como á superior, no tendriais atrevimiento para hablar de esa manera. Si preguntais de dónde nacen las excusas, las quejas y murmuraciones, porque no me dan esto ó el otro, ó porque me tratan de esta manera, claro está que nacen de eso. Si preguntais de dónde nace el turbarse y entristecerse uno demasiado, cuando es molestado de tales ó tantas tentaciones, ó cuando ve que cae muchas veces en algunas faltas, y melancolizarse y desanimarse con eso, tambien nace de falta de propio conocimiento; porque si tuviéseis humildad y consideráseis bien la malicia de vuestro corazon, no os turbariais ni desmayariais por eso, antes os espantariais, como no pasan peores cosas por vos, y como no dais mayores caidas, y andariais alabando y dando gracias á Dios, porque os tiene de su mano, para que no caigais en lo que cayerais si él no os tuviera. De una sentina y manantial de vicios ¿qué no ha de brotar? De tal muladar tales olores como esos se han de esperar y de tal árbol tal fruto. Sobre aquellas palabras del